

# Achim von Arnim:

## El inválido loco en el Fuerte Ratonneau (2)

Sin embargo, cuando vi a Francoeur acostado en el último carro con la cabeza totalmente vendada, no sé bien que me sucedió, pero olvidé completamente a mi madre, tomé la sopa y una cuchara y, sin cerrar nuestra vivienda, corrí ansiosamente tras el carro hasta llegar a Pleissenburg. Lo encontré, ya había bajado. Con maña convencí a los guardias y le pude preparar el mejor lecho de paja al herido. Y cuando finalmente se había recostado,iqué felicidad tan grande poder darle a ese pobre necesitado la sopa caliente! Su mirada mejoró inmediatamente y me juró que tenía un halo de santidad sobre mi cabeza. Le contesté que era mi cofia, que en mi preocupado trajín por él, se había doblado hacia arriba. ¡Él replicó que el halo de santidad provenía de mis ojos! ¡Oh!, tales palabras no podría yo olvidar jamás, y si él no hubiese tenido ya mi corazón, se lo hubiera regalado en el acto.”

“¡Fueron realmente palabras hermosas!” —exclamó el comandante—, y Rosalía prosiguió: “Este fue el momento más dulce de mi vida, yo lo miraba cada vez con más cariño, porque él afirmaba que eso le hacía bien y cuando finalmente me colocó un pequeño anillo en uno de mis dedos, me sentí más rica de lo que nunca antes había sido. Este tierno silencio fue interrumpido por mi madre que entró gritando y maldiciendo. No me es posible repetir las cosas infames que me dijo, pero tampoco me avergoncé en ese momento, porque yo sabía que era inocente y que él no creería nada malo de mí. Mi madre me quiso arrastrar consigo, pero él me sujetó firmemente y le dijo que estábamos comprometidos, que yo ya llevaba su anillo. ¡Cómo se crispó el rostro de mi madre! Me pareció como si salieran llamaradas de su garganta, sus ojos comenzaron a rodar en sus órbitas, quedando completamente en blanco; ella me maldijo y me encomendó a los poderes del demonio. Y así como en la mañana un halo luminoso había emanado de mis ojos, cuando vi a Francoeur por primera vez, ahora parecía que un murciélago negro hubiera velado mi vista con sus membranosas alas translúcidas; el mundo pareció ocultárseme y ya no me sentía pertenecer del todo a mí misma. Mi corazón desesperó y tuve que reír. ‘¡Has oído, el demonio ya se ríe desde tu interior!’, dijo mi madre y se fue triunfal, en tanto yo caía desmayada. Al recobrar el conocimiento, no me atreví a llegarme hasta nuestra casa, abandonando al herido, ya que el incidente lo había abatido terriblemente. Secretamente odié a mi madre por el dolor que le había causado al pobre sufriente. Recién al anochecer del tercer día, sin decirle nada a Francoeur, me acerqué sigilosamente a la casa, pero sin osar llamar a la puerta. Finalmente salió la mujer que nos había servido durante años y me informó que mi madre había vendido sus cosas con mucha urgencia y que se había marchado con un señor que decía ser un jugador, sin que nadie supiera su destino. Por lo tanto me hallaba ahora rechazada por todos y me sentí agradecida de poder refugiarme tan libre de todo cuidado en brazos de mi Francoeur. Incluso las jóvenes conocidas mías de la ciudad me negaron el saludo, por lo que pude vivir pendiente exclusivamente de él y del cuidado de sus heridas. Trabajé para él; hasta ese momento solamente había hecho encajes para mi uso personal y no me avergoncé de vender estos trabajos míos, pues para él significaba comodidades y se recuperaba más rápidamente. Pero siempre volvía a pensar en mi madre, cada vez que él no me distraía con la vivez de sus relatos. Mi madre se me aparecía siniestra, con ojos llameantes, siempre maldiciendo ante mis ojos interiores y yo no podía destruir ni evadir esa visión. No le quería decir nada a mi Francoeur para no afligirlo; me quejaba

de un dolor de cabeza que no sentía, para poder llorar y desahogar mi desesperación.

“¡Oh, si en esos días tan sólo hubiera confiado en él, contándole que creía estar poseída por el demonio a raíz de la maldición de mi madre, el diablo me cerraba la boca! Además temía que si él lo llegaba a saber no podría seguir amándome, que me abandonaría y apenas si podía sobrevivir ante el mero pensamiento de que algo semejante pudiera suceder. Esta angustia interior mía, quizás también el constante trabajo esforzado, desmoronaron finalmente mi cuerpo, tuve terribles convulsiones que amenazaban con ahogarme, y que yo le ocultaba a mi amado, pero las medicinas que me administraban parecían agravar estos males aún más.

“En cuanto hube sanado, ordenó él mismo todo lo concerniente a la boda. Un anciano ministro religioso elevó un solemne sermón, en el cual le recordaba a mi Francoeur todo lo que yo había hecho por él, como le había ofrendado mi patria, mi bienestar y mis amistades, incluyendo la maldición materna que me había acarreado, recomendándole que compartiera conmigo todas estas vicisitudes, pues debíamos soportar mutuamente nuestras desgracias. A mi esposo lo recorrió un escalofrío al oír estas palabras, sin embargo pronunció con claridad el ‘sí’, y fuimos unidos en matrimonio. las primeras semanas fueron dichosas, yo me sentía aliviada por la mitad de mis dolencias y no pensé, al principio, que una mitad de la maldición pudiera haber sido traspasada a mi esposo.

“Pero pronto comenzó a quejarse de que la imagen de aquel predicador vestido de negro volvía a aparecérselo constantemente, amenazante y acosándolo, y que a raíz de estas visiones él sentía crecer dentro de sí una terrible ira y rechazo hacia los religiosos, las iglesias e imágenes de santos, que lo hacía maldecir, sin saber por qué. Decía que para huir de este pensamiento él se dejaba llevar por cualquier impulso, que bailaba y bebía porque sentía que de esta forma, con una mayor circulación de la sangre en su cuerpo, se sentía mejor. Yo culpaba de todo a las condiciones de su prisión, aunque ya sospechaba de que era el demonio el que lo poseía. Gracias a la diligencia de su superior, que seguramente lo echaba de menos en su regimiento, fue canjeado, porque Francoeur es un soldado extraordinario. Con alivio en nuestros corazones partimos de Leipzig, forjando e imaginando en nuestras conversaciones, un futuro hermoso. Sin embargo, apenas habíamos logrado aflorar de la necesidad de luchar por el sustento diario y habíamos llegado a los cómodos cuarteles de invierno del bien provisionado ejército, donde podíamos disfrutar un poco de la vida, fue en aumento, día tras día, la inquietud de mi esposo. Pasaba días enteros tamborileando para distraerse, peleaba, hacía apuestas, etcétera. El superior no podía creer lo que sucedía; solamente conmigo era tierno como un niño. Justamente cuando la campaña recomenzaba tuve un hijo varón, y los sentimientos de ese nacimiento parecieron exorcizarme del demonio que me había estado atormentando hasta ese momento. Francoeur, en tanto, se comportaba cada vez con más violencia y maldad. Su superior me escribió que se había vuelto temerario como un frenético, pero que hasta ahora parecía feliz; sus compañeros opinaban que había enloquecido, y el Coronel temía tener que sacarlo de allí y enviarlo junto con los enfermos o inválidos.

Continuará...

Trad. del alemán: Edeltraut Steger de Pepe.

# DAZET

Nº 10 - BUENOS AIRES/2016 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

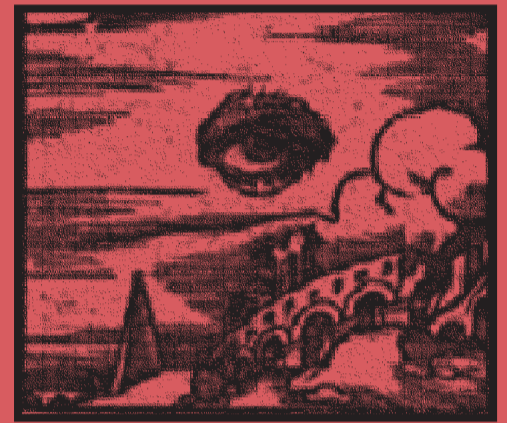
## Dinámica del automatismo en el otoño de 2016.

Siempre recordaré ese recurso al pastiche, inspirado por una voluntad pseudo surrealista, que había sido puesto bajo mis ojos con el pretexto de rendir el más “sentido homenaje”. Se trataba de un poema, escrito en un pretendido estilo “bretoniano”, fingidamente automático, en el que no se dejaba de hacer aparecer — para que no quedase duda alguna de su procedencia—, ni la “ardilla y la avellana”, ni la “médula de saúco”... La mimesis que se presentaba era total y se extendía, aparte del característico tono enunciativo, a una constelación de motivos claramente reconocibles y ubicables.

Sorprendido por este modo de querer violentar los secretos del surrealismo hasta el punto de travestir el propio inconsciente, imposible que alguien no quisiera volver para interrogarse sobre los fundamentos del arte mágico.

En el *Primer Manifiesto* (\*) habían sido presentados, creo yo que de un modo semi irónico, los procedimientos para desarrollar la escritura automática, instrumento del discurso automático, del discurso del inconsciente. Pero el punto aquí no es el de exponer sobre sus particulares recursos ni sus “avatares”, sino más bien para destacar un detalle que se refiere al debate de la *actualidad* del surrealismo y sobre el discurso del inconsciente.

Esta *actualidad*, a través de las antologías “clásicas” y las exégesis universitarias y académicas, suele ser servida como un modelo alcanzado en el tiempo y el espacio y ya cristalizado. Los



ejemplos de escritura automática que se ofrecen, se proponen como el fruto de hallazgos de una generación o dos de “grandes poetas”, luminarias que existieron en el período de entre guerras, etc. Se olvida mencionar que el automatismo, como fruto de la actividad inconsciente, es esencialmente dinámico. Inútil es declarar su obsolescencia o anacronismo en la actualidad.

Tal vez sus precipitados hoy sean otros. O al menos en parte.

El panorama del mundo cambia constantemente, pero el trámite liberador que actúa en el psiquismo humano sigue siendo uno y el mismo. Podrán cambiar la fauna y la flora, los objetos convocados, los escenarios, los decorados del sueño, el orden general de las perspectivas, pero siempre circulará por ellos el mismo aliento de libertad.

JUAN CARLOS OTAÑO

(\*) “Secretos del arte mágico del surrealismo”, en André Breton, *Manifiestos del Surrealismo*, Guadarrama, Madrid, 1974.

## Doppelgänger

Me desperté por la noche junto a tu doppelgänger.

Sus manos eran una conspiración de insectos.

Su corazón un espejo murmurante.

La cama estaba llena de incongruencias.

Lo besé como si tú fueses yo.

Su respiración era más húmeda que la muselina.

Por la mañana el agua del baño fluía con tus ángeles.



LA VOZ DE LA SANGRE

## Noche mágica (\*)



Luxor fue hacia la cabaña y volvió con un viejo telescopio fabricado por él en la antigua ciudad europea de Pentreduloj. Sanlón Diame era un campesino apartado de las grandes y pequeñas ciudades y nunca había sentido hablar de ese aparato. Luxor dijo:

— Esta noche el cielo está despejado y la Luna luce llena, por lo que podremos ver un poco más de cerca las manchas grises o cráteres como si el lápiz formara su cara y el esfumino la misteriosa sonrisa de una dama, una Gioconda expectante. La cara femenina de la Luna enamorada, el efluvio rimbombante de un satélite que habita cerca de nos, entregado a la dulzura.

Sanlón volvió a servir vino en la copa de Luxor, mientras éste preparaba el telescopio.

—Ya puede usted ver — dijo el viejo — acerque su ojo.

En eso, delante de la Luna pasó un meteorito y parecía que éste había caído no lejos de allí.

— Si usted conoce el camino, podemos ir a buscarlo. Aparecerá como algo que brilla, como algo que todavía late fatigado por las velocidades del espacio. Aparecerá como un fuego aún no apagado, el fragmento de una tabla raspada por las garras de leones y tigres astrales y como un pedazo de piedra que pocos conocen, que nadie traduce.

La carreta tirada por dos burros llegó al lugar donde el enigma brillaba. La noche iluminaba el campo mientras que la Tierra en su tendencia oscura, vitamíni-

ca y de humedad, albergaba los frutos. Las sandías parecían dormir. Todo indicaba que había un misterio en una época arcana, de dos meteoritos que habían caído a la Tierra pegados entre sí, enlazados como resortes. Quizás como trompas de elefantes candentes.

Esto había pasado en tiempos antiguos, antes de que el hombre fuera un piojo del petróleo.

Sanlón y Luxor se acercaron como peregrinos observando ese fuego, en parte de hierro macizo y en parte de lavas atrofiadas de azufre achicharrado en su propia debilidad; se acercaron como peregrinos a ese fuego aún vivo, caliente como producto de la fragua del espacio. La aventura parecía ser un aquí, mientras que la imaginación parecía ser un ahora.

Uno de los meteoritos se presentaba totalmente lijado con severidad asombrosa y paciencia milenaria, mientras que el otro albergaba todos los garabatos de un esquizofrénico más los escupitajos del magma interestelar.

Sanlón Diame pensó en su esposa y dijo:

—Ella nunca ha visto un meteorito. Es pequeño tanto el uno como el otro. Ayúdeme a ponerlo en la carreta y esta misma noche se lo muestro.

Bajo las pajas y las cañas del techo, dormía la esposa sensual y discreta. Ni iluminada por las tres lámparas de aceite, ni siquiera porque se hallara sentada en la cama, ni porque su esposo le había tocado el hombro detrás de las cortinas.

Quizás fuera su sueño antiguo y esotérico.

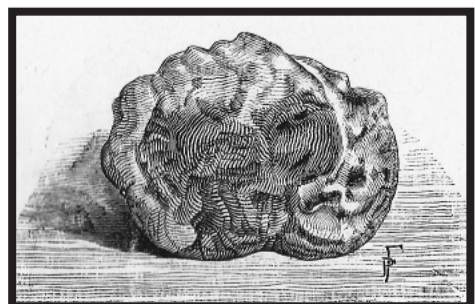
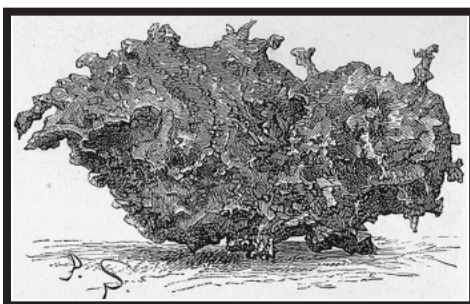
Entonces dijo:

—Del mundo anterior recuerdo:

El Megabiro...  
La estela de Sanconiaton...  
«La vida de Isidoro», por Damascius...

GERARDO BALAGUER

(\*) Fragmento de "Historia de un Meteorito"



MARIELA ARZADUN, *Prum prur asalto*

## La cavilosa

¿No será pedirle mucho a la triangulación constante satelital?  
No creo

...para empezar

Los discretos son pocos

Se cuentan como excepciones

Hacen su trabajo y se escabullen

... La peregrinación es un cebo

Tal vez caminar hacia el cangrejal esconda una maravilla

A la maravillosa

Y humana cosquilla en su pancita

La sucesión de hechos varios puede ser conmovedora

Sin los brazos enteros

Así, recibiendo el mecenazgo sin manos

Las orejas ancladas sobre las cangrejas

Sería maravillosa

Nadar para llegar en el sonido de la avenida

Gastando el abrigo contra el asfalto

Y en el silencio... Correr como loco

Así ya hay un trayecto, en la espalda, recorrido.

Cuando la noche se deshace en pájaros, dicen, los ojos necesitan una limpieza

Las avenidas de corales ofrecen lugares donde tropezar, en caso de quererlo

Las aguas se comparten con toda suerte de presencias

Y así nunca se nublan los ojos

Dicho corpóreo: El párpado tiene sus límites. Aunque imagine cómo se desviste la piel a través de ellos

Pero la piel también es de unos pocos

Y la lagarta lo sabe

Por eso cambia las pieles

Y todos llaman a su guarida

Así como tras sonreír, hechizarse ante el espejo hasta romperlo con la cara muy lentamente

Para, tras saborear sus propias gotas, sonreír nuevamente

Esa es la enseñanza y también la lentitud a la que nos acostumbra ese relato

Mapas de socios que un haz de luz descubre como cangrejos lúcidos

Tiernos a veces

Pero abominables

Y sin embargo alternadamente respetables

Entre otras cavilaciones valerosas

De la tenaza y el asombro de su forma, es cierto

Su sonrisa tiembla

Y a veces arrastra crustáceos sabios hasta este vaso

El silencio el silencio

Ya se hizo presente de tanta ausencia

Beber sabiduría digo

Sólo si un par de citas hubieran añejado

!i

Vinos espumantes de su cabellera

Alacranes dorados formando fillos hirientes

En su reflejo

Y la noche que vuelve a su sitio

Sin patrón nos iremos

como llegamos

Ser deviniente entre naturalezas

Monigotes del atardecer

Momias que quieren su medalla

Amén

Amén nocturno

Jaja

Jajjjjj